

— Yo no sé mas que firmar, respondió Chinela con voz trémula por el gozo.

— Entonces, José, escribid.

Y madama Lamouroux dictó :

« Yo, el abajo firmado, declaro y reconozco que Blanca, llamada la Pippione, no es hija mia, y que no tengo sobre ella ningun derecho, que nunca jamás la reclamaré y que cedo todos cuantos yo pudiera tener y con el mayor agradecimiento, á madama Lamouroux, rentista. »

José alargó el papel á Chinela.

— Firmad, le dijo Elena, empujando hácia él cuatro ó seis billetes.

Y Chinela firmó.

— Esto no es todo, le dijo madama Lamouroux.

El italiano se limpiaba el sudor de su frente con el revés de la manga de su chaqueta.

Se le figuraba que estaba soñando, ó que se hallaba en la gruta encantada de Ali-Baba.

— Vais, desde mañana, continuó Elena, á volver á tomar vuestra antigua ocupacion y á correr de nuevo las plazas y paseos. Sobre todo, id con frecuencia á los paseos á donde va la aristocrácia, á las Tullerías, á los Campos Eliseos.

Parece que teneis bastante habilidad y sois muy diestro en vuestro oficio; yo me arreglaré para que se fije la atencion en vos. Os dirán que vayais á trabajar á las casas particulares: no refuseis ninguna solicitacion; es preciso que este carnaval esteis de moda. Ya nos arreglaremos para conseguirlo.

Todo lo que ganeis sera tambien para vos. Solamente tened entendido que durante estos dos meses me pertenecéis completamente y sin restriccion alguna, y que obedecereis mis órdenes con la mayor puntualidad y de la manera mas estricta.

En primer lugar, no volvereis á beber mas.

Porque cuando se bebe, se charla, y es preciso que seais mudo respecto á lo que aquí ha pasado, y sobre todo lo que pueda pasar entre nosotros.

Os advierto que sereis seguido y que se ejercerá sobre vos una continua vigilancia, y al primer paso que deis capaz de comprometer nuestro proyecto, será enviado vuestro expediente al ministro de Gracia y Justicia, y se os conducirá bien custodiado por una buena escolta hasta Nápoles, á donde ireis á contar á los jueces la historia de Monna Fretti, ó bien os la contarán ellos mismos.

Esta sujecion, al fin y al cabo, no será de grande duracion. Concluido el carnaval, os devolveré vuestra libertad, y aquel dia os daré todo lo que queda aun sobre esta mesa.

Y dicho esto, Elena volvió á recoger con indiferencia el oro que quedaba y los billetes, y colocó todo nuevamente en el cofrecito.

— Estoy enteramente á vuestras órdenes, balbuceó Chinela, y os prometo hacer todo cuanto me digais.

— Cuento con eso.

Apoyó la mano sobre un timbre, y á su sonido entró Luis Jacquemin.

— ¿Habeis encontrado ya un alojamiento para Chinela?

— Sí, señora, un cuarto con dos piezas. Él dormira en la segunda, y yo en la primera. Los dos cuartos tienen comunicacion entre sí.

— Está bien. Chinela, el encargado de guardaros es Luis Jacquemin. Durante los dos meses que debe durar nuestro pacto, no os dejará ni se apartará de vos un solo instante. Ea, ahora, id con Dios.

Despues que se marcharon los dos hombres y despues que se retiró José, madama Lamouroux, bajando la pantalla de su lámpara, se trasladó al cuarto en donde estaba la Pippione.

La niña estaba durmiendo resguardada por las cortinas de la cama contra el resplandor de la lamparilla que alumbraba el cuarto con una luz claro-oscura.

Nada mas encantador que su linda cabeza enflaquecida, recostada lánguidamente sobre la fina batista y encajes de la almohada.

Estaba dormida, y en su sueño se sonreía con aquella inefable sonrisa de los niños, que dicen es un remedo de la sonrisa de los ángeles.

Elena permaneció largo rato sentada al pié de la cama, mirando la niña en una deliciosa contemplacion.

La mano de la Pippione, larga y pura en sus lineas como una mano de mármol, estaba colgando fuera de la cama.

Madama Lamouroux no pudo resistir al deseo de apoderarse de aquella mano y de estrecharla suavemente entre las suyas.

La niña entonces se agitó débilmente y dejó escapar dos palabras de sus labios entrecabiertos, dos palabras moduladas con igual ternura, pero con entonacion diferente.

— ¡Madre mia!... ¡José!...

La segunda palabra era débil como un suspiro. Elena no oyó mas que la primera.

XXIX

REAPARICION DE LA CONDESA DE MONTE-CRISTO.

Paris no es mas que un inmenso teatro en donde cada uno de los habitantes tiene señalado el papel que ha de representar. Los unos, el de primer galan; los otros, de barba ó de gracioso; otros, de sobresalientes, y el mayor número, de comparsas.

En ciertos dias, toda esta compañía cómica sale al tablado, y esto sucede especialmente cuando se trata de la primera representacion de una comedia de grande espectáculo. Entonces, la multitud apiñada en las plazas y calles mira desfilar á los elegidos á quienes el capricho del público ha dado reputacion y fama.

Milor Larsoville es recibido con los mismos aplausos que Federico Lemaitre. Tal ó cual condesa ó marquesa que podriamos citar roba sus aplausos á Teresa, la cantora afamada.

El carnaval, que va desapareciendo poco á poco de nuestras costumbres, se hallaba muy floreciente durante el reinado del rey ciudadano Luis-Felipe.

Los bulevares estaban llenos de máscaras de todas especies, de coches de todas épocas y formas, desde el vulgar calesin adornado exteriormente con carton pintado, conduciendo la comparsa ó comitiva tradicional de la diosa del Buey Gordo, hasta el carruaje burlescamente lujoso del mismo milor Larsoville, ya nombrado.

La muchedumbre aplaudia, los muchachos tocaban sus trompetillas de barro; charangas compuestas de trompas de caza ó de cornetas de piston hacian resonar el aire con sus tocatas extrañas, y tartanas trasformadas para la ceremonia en carros triunfales rodaban por las calles rechinando.

Una multitud de cosas sin nombre caian sobre la multitud apiñada, arrojadas desde las ventanas y balcones, grajeas, tronchos de berza, patatas y cáscaras de naranja.

Cruzábanse los dicharachos insolentes ó cínicos, se daban bromas ligeras y pesadas, y todo era confusion y barullo en los paseos y en las calles.

Pero el lunes gordo, ó sea el lunes de carnaval de aquel año, la condesa de Monte-Cristo era la que llamaba la atencion general y la que, por decir así, triunfaba.

Hacia ya mucho tiempo que se habia perdido la costumbre de ver su librea tan extraña como rica por las calles, y su aparicion repentina en medio de los bulevares fué como la vuelta á las tablas de un actor afamado.

Sin embargo, la condesa no habia hecho cosas excéntricas ni extravagantes.

Iba vestida con un rico traje de noble patricia veneciana, y recostada muellemente sobre los almohadones de una carretela dorada, que por su forma figuraba la proa de un navío.

Sus cabellos rubios medio sueltos caian sobre su corpiño de brocado de oro, y con una pálida sonrisa daba gracias á la multitud que la vitoreaba con entusiasmo.

En el asiento de delante, y en frente de ella, iba el vizconde de la Cruz, vestido tambien á la veneciana, con un traje negro y oro.

Al verlo, se habria dicho que era uno de esos señorones que tanto le gustaba pintar al Ticiano, que se habia descolgado de algun cuadro.

Detrás y delante del carruaje, algunos negrillos, vestidos con ricos trajes, echaban, al pasar, grajeas á los hombres y flores á las mujeres.

De modo que no se oía gritar mas que :

— ¡ Viva la condesa de Monte-Cristó !

Los abonados al paraiso, vulgo la *cazuela*, no han gritado en su vida con mayor entusiasmo : ¡ Viva Melingue ó madama Laurent !

La condesa se sonreía y saludaba con la mano como una reina que vuelve á su capital despues de un largo viaje.

Y, á la verdad, ¿ no es la moda un reino verdadero, y no era la condesa de Monte-Cristo la reina de la moda ?

De repente, inclinándose hácia M. José, le habló en voz baja.

Este se incorporó vivamente, y los dos se pusieron á mirar con atencion hácia una de las anchas aceras.

El coronel Fritz estaba de pié en la orilla misma de la acera, y miraba pasar el carruaje con una risa irónica en los labios.

En el momento en que el coche pasó por en frente de él, llevó la mano á su sombrero é hizo un ligero saludo.

Pero sin que hubiese desaparecido de sus labios la misma ambigua é irónica sonrisa.

Nada era mas natural que el coronel Fritz saludase á la condesa de Monte-Cristo, puesto que habia sido recibido en la casa, y esta era una atencion vulgar.

Pero la singular mirada, burlona y provocativa al mismo tiempo, con que acompañaba su saludo, daba á este cierto valor misterioso.

Se hubiese dicho que era, mas que un acto de cortesía, una especie de provocacion ó baladronada.

José, á su vez, se estremeció y se inclinó hácia la condesa.

Acababa de apercibir detrás del coronel á otro personaje que le era muy conocido.

Un personaje verdaderamente grotesco, vestido de Numa Pompilio, cuya protuberante nariz sobresalía por debajo de su casco de bombero, M. Gosse, en fin.

Cuando el coche pasó, el coronel se volvió hácia el « lobo querido », y este hizo un gesto afirmativo.

— Algo nuevo hay por ese lado, dijo don José en voz alta.

Y la condesa dejó caer friamente de sus labios estas palabras :

— Ha llegado la hora : es menester que muera.

El coche continuó su marcha acompañado por las aclamaciones de la multitud, que estaba bien agena de imaginar que, en aquel carruaje de carnaval, en medio de aquel ruido, de aquella confusion y de aquel delirio de los sentidos, acababa de pronunciarse una sentencia de muerte.

Mientras tanto, el coronel no habia dejado á su Numa Pompilio.

Tan pronto como el carruaje se perdió de vista, indiferente á todo lo demas, llevó á Gosse á un café inmediato.

— Es ella, afirmó de nuevo el memorialista, tan pronto como estuvieron sentados ante una botella de cerveza.

— ¡ Ah ! dijo sordamente el coronel, M. Gigant me engañaba : ya me lo presumia yo... ¿ De modo que esa condesa ?...

— Se llama Aurelia, dijo simplemente con cierta risa sarcástica M. Gosse; es una condesa de pega.

— Sin duda, alguna hechura de Gigant... pues que se ande con cuidado, porque tan cierto como soy Fritz, va á tener que habérselas conmigo.

Digamos algunas palabras para explicar la conducta de M. Gosse.

« El lobo querido » había perdido por completo todos sus escrúpulos en el espacio de algunas semanas, olvidándose enteramente de la buena enseñanza que había recibido en el colegio Lavertue.

Tan luego como había sentido en su cartera los cinco billetes de mil francos que le había dado M. Gigant, había experimentado al mismo tiempo una imperiosa necesidad de libertad é independencia que hasta entonces no había conocido.

Ni la idea de las angustias que iba á hacer sufrir á « Bebella adorada » fué capaz de hacer entrar á aquel corazón gangrenoso en mejores sentimientos.

« El horrible monstruo » empleó algunas semanas y todos sus cinco mil francos en hacer un viaje de exploración por todas las cervcerías de la capital.

Y lo hizo tan bien, que una mañana se encontró en medio de la calle borracho como un mozo de cordel, y sin un cuarto en el bolsillo; no quedándole ya más que un solo recurso: el de ir á implorar el perdón de Bebella.

Solamente que la idea de pensar las consecuencias de semejante paso, le espantó y le hizo diferir el darlo, dejándolo para la última extremidad.

M. Gosse hubiera podido utilizar sus conocimientos en materia de estilo, en la redacción de un hermoso tratado sobre los lúpulos comparados.

Pero á ese trabajo honrado, aunque aleatorio, prefirió otra ocupación tan expeditiva como infame.

Ya que M. Gigant le había pagado tan caras las dos cartas de Fritz, el coronel, por su parte, le pagaría también generosamente la advertencia que él le diese acerca de lo que contra él se tramaba.

Y hé aquí como Gosse se pasó al campo de Agramante, y de aliado de Gigant se hizo el aliado del coronel.

Aparentando no prestar ninguna atención á los negocios particulares de « Bebella adorada », hacia largo tiempo que el « lobo querido », desde su rincón, observaba las singulares trapiondas que pasaban en su casa.

Fingía tan bien el inocente y el cándido, que la buena comadrona no se ocultaba más de él que de su gato.

Cuando Liliás estaba todavía de pupila en casa de la Gosse, el « lobo querido » había visto muchas veces venir á ver á la niña á madama de Monte-Cristo en compañía de madama de Puysaie.

Después, con motivo del enredo de Ursula, había visto venir también á su casa á una mujer hermosa, de modales excéntricos que se hacia llamar Aurelia y que se hacia la misteriosa en estas visitas.

Y Aurelia y la condesa de Monte-Cristo tenían entre sí una semejanza extraordinaria.

Esta semejanza que, al fin y al cabo, era evidente á todos los del gran mundo de París, lo fué mucho mayor para el escribiente-memorialista, y fijó más la atención en ella al ver á dos personas tan parecidas, pero de clases tan diferentes, mezcladas en el mismo asunto.

Esto no le hacia concebir sino una ligera sospecha de la que él no habría podido sacar ninguna consecuencia, pero

para el coronel Fritz á quien se la comunicó, fué un gran rasgo de luz.

Reconoció desde luego, en el modo con que había sido conducido este negocio, la *manera* ordinaria de proceder de M. Gigant.

¿No era así como en otro tiempo había puesto en evidencia á Nini Moustache para arruinar á Loredano? Pues entonces, para él era claro que Aurelia era su instrumento, y que se servía de ella para otro negocio de la misma especie, poco más ó menos.

Y como de esta empresa, Gigant no había dado cuenta al coronel, sino al contrario, se había abstenido de hablarle de ella y le había hecho misterio, era claro que la tal empresa iba dirigida contra él.

Todas estas suposiciones y consecuencias eran tanto más lógicas y plausibles cuanto que, desde su última disputa con M. Gigant, no había vuelto á verle personalmente, y cuando el hombre de negocios había tenido necesidad de darle algunas instrucciones, se las había transmitido por medio del doctor Toinon.

Estas instrucciones, ó más bien estas órdenes, cuyo objeto no comprendía el coronel, las había ejecutado, sin embargo, puntualmente; pero cuantas veces había ido á pedir algunas explicaciones á su cómplice, se había encontrado con la puerta cerrada.

Hoy le quedaban explicados todos los manejos y subterfugios de M. Gigant: estaba ahora seguro de que le vendía; así exclamó:

— ¡ Bueno! puesto que quiere la lucha, lucharemos.

XXX

FAC ET SPERA.

Aquella noche había gran baile en la Opera.

Y tanto en los palcos como en las galerías, en la sala y en todos los demás puntos, se hubieran podido encontrar algunos de nuestros principales personajes.

Aun en medio del tumulto, M. Gosse llamaba la atención, tanto por su desarrapado disfraz de Numa Pompilio, como por lo disparatado de su baile.

Loredano y el coronel Fritz, de frac negro, se hallaban en un palco.

Y en fin, M. Gigant, mal disfrazado, con una enorme nariz postiza, se paseaba por entre los grupos en el salón de baile.

Este general del vicio revistaba, sin duda, á su estado mayor.

Acompañábase un personaje alto, de rostro amarillento, flaco, que se divertía en dar un pellizquito á la una, un estironcito de orejas á la otra, ó una palmadita sobre alguna

espalda descubierta; á cuyas demostraciones familiares respondían las mujeres con quienes se las permitía, diciéndole: ¡ Ah! mi querido doctor.

Y verdaderamente que el doctor Toinon no envejecía: es cierto también que nunca había parecido joven.

Era la flor y nata de la galantería. Ni en París, ni en Limoges encontraba cruces, ni ariscas entre... las mujeres fáciles.

La pareja que más llamaba la atención aquella noche, eran dos dominós enteramente negros, con un lazo igualmente negro sobre el hombro.

El uno de estos dominós se hacia notar por su elevada estatura, el otro, algo más pequeño, por su aire verdaderamente aristocrático.

Debía ser, sin duda, alguna gran señora que había querido satisfacer su capricho de venir á ver el baile de la Opera.

¡ Oh! esta gran señora seguida y perseguida sin cesar, pero nunca alcanzada, ¡ cuántos corazones de inexpertos estudiantes y de mancebos de comercio había hecho palpar desde que el reló del salón de descanso había sonado la hora de la cena!

Así es que se apiñaban y se empujaban en torno de la pareja silenciosa.

Pero esta pareja continuaba su paseo sin que se preocupase, al parecer, de lo mucho que llamaba la atención, y sin responder á nada de cuanto le decían.

En aquel momento Numa Pompilio hizo un paso tan original, que hasta los agentes encargados de la policía de la sala, se escandalizaron. Con este motivo se armó una disputa en medio del salón, hubo ruido, y la gente, como siempre sucede, acudió al ruido.

La pareja entonces se aprovechó de este incidente para desaparecer.

Y no se la volvió á ver después que el tumulto se apaciguó.

Mientras tanto, el coronel, inclinado sobre la barandilla del palco, creyó reconocer á M. Gigant, y dejando allí á Loredano, se apresuró á bajar á la sala del baile para reunirse con él.

Loredano, después que se quedó solo, se puso á contemplar con una melancolía llena de desden el espectáculo grotesco y triste á la vez que en otro tiempo había hecho sus delicias, cuando sintió apoyarse sobre sus hombros una mano firme y nerviosa.

Debía ser sin duda una mano de mujer. Se volvió con viveza, y se encontró cara á cara con el más pequeño de los dos dominós negros.

Se levantó en seguida, por galantería, para ofrecerle la delantera del palco; pero el dominó negro rehusó por medio de un ademán.

— Guardad vuestro asiento, le dijo el dominó con una voz dulce y armoniosa que no recordaba haber oído nunca: yo no tengo más que dos palabras que deciros.

— Lo siento, dijo galantemente el conde, dos palabras es bien poco.

El dominó, afectando una monería debajo de su careta, le dijo con voz risueña:

— ¡ Una galantería!... qué ¿ ya no amais á la pobre Nini Moustache?

El conde se estremeció, y á esta pregunta respondió él haciendo otra:

— ¿ Quién sois?

— Adivinado si podeis, contestó el dominó. Todo lo que yo puedo deciros, es que yo soy amiga vuestra; amiga sincera.

Después de un corto silencio, el dominó continuó:

— ¿ Queréis saber noticias de Hortensia?

Esta vez el conde dió un brinco y dijo:

— No hay remedio, es preciso que yo sepa quién sois.

— Ya os he dicho que yo era amiga vuestra: ¿ queréis una prueba de ello? Pues bien, escuchad: Mañana por la noche, después del baile que da la baronesa Matifay, volvereis á ver á vuestra mujer.

Y antes que el conde hubiese podido cogerla por la mano para retenerla, la mujer enmascarada se había lanzado al corredor, después de haber cerrado la puerta del palco con un ruido seco.

Loredano salió corriendo en su seguimiento; pero al salir se tropezó con Fritz que volvía á reunirse con él.

También él estaba pálido y tenía el aire trastornado.

— ¿ La has visto? le preguntó el conde.

— ¿ A quién?

— A un dominó negro con un lazo negro en el hombro.

— Precisamente es á ese dominó al que yo ando persiguiendo, dijo el coronel. Ese bromista de mala especie me acaba de detener en la sala de descanso, y se me ha escabullido en el momento mismo en que yo le iba á pedir razón de sus palabras.

— Acaba de salir de aquí, dijo el conde, y es preciso que lo encuentre. Porque hay bromas que traspasan todos los límites, y que no son permitidas, ni aun en el baile de máscaras de la Opera.

Hé aquí lo que ocurrió en la sala de descanso de donde venía el coronel.

No habiendo podido encontrar á M. Gigant en el salón del baile, lo andaba buscando entre los innumerables trajes negros y dominós, cuando sintió que le agarraban del brazo.

— ¿ Cómo es eso, coronel? le dijeron al oído, dejamos solo á ese pobre Loredano para ir á buscar á M. Gigant; pero es el caso que el amigo Gigant ya no está aquí.

— No sé lo que quieres decir con tu Loredano y tu Gigant, respondió secamente Fritz.

— ¿ Te incomoda? señal que tienes mal genio, dijo el dominó; y yo ¡ que venía buenamente á hacerte una advertencia que vale más que un buen consejo!

— Veamos la advertencia.

— ¿ Y el consejo?

— Bueno: los dos.

— Entonces permíteme que te haga una pregunta: ¿ eres valiente?

— Creo que sí.